

I Congreso de la Asociación Cántabra de Matronas

IX Congreso Nacional de Matronas

FACTORES SOCIO-CULTURALES Y ÉTNICOS EN LA OPRESIÓN DE LA MUJER

Fernando Tena Díaz

(Matrona. Antropólogo. Beca ALJABIBE de investigación social)

I. Introducción

Existen pocas sociedades donde la dominación masculina no se muestre de forma evidente. No existe aún acuerdo sobre sus causas, y las diferentes explicaciones oscilan entre dos paradigmas: Naturaleza versus Cultura.

Disciplinas como la Biología, Sociobiología y Etología explican la inferioridad de la mujer basándose en el sustrato corporal: el cuerpo del macho se diseñó para el dominio y el de las hembras para la subordinación, por lo tanto la opresión de las mujeres es “natural”. Las Ciencias Sociales proponen que son los diversos sistemas culturales, a través de distintos mecanismos, quienes oprimen a las mujeres: las mujeres “no son inferiores”, “son inferiorizadas”, y la opresión se podría explicar en término de estructura económica, disposiciones políticas y simbologías asimétricas del sexo. Ello supone aceptar la posibilidad del cambio y entender que el cuerpo de las mujeres no explica la opresión sino que es su escenario.

Analizar los factores socioculturales en la opresión de las mujeres es una empresa ambiciosa que necesita varios Congresos y Enciclopedias. Se hace imprescindible, por tanto, priorizar una relación de contenidos y una estrategia explicativa. Por ello sólo podré hacer referencia a algunas obras y Escuelas teóricas.

II. Modelos explicativos “naturales” de la “inferioridad natural”

1. Mitológicas y aristotélicas

En los mitos bíblicos y en la filosofía ateniense, pilares de nuestra civilización, se avanza una explicación acerca del dominio de los hombres. Nuestros mitos nos fueron legados por una tribu de pastores del desierto, auténtico patriarcado, donde las mujeres eran poco valoradas. Evidentemente, contemplamos que el mito es antiguo, simplista y metafórico. Sin embargo, eso no significa que sea neutro. El Génesis cuenta cómo Eva desobedeció al Dios- Hombre y arrastró a Adán a la desobediencia. Esto provocó un castigo, diferente según el sexo. Los hombres fueron condenados a ganar el pan con el sudor de su frente (trabajo público) y las mujeres a parir con dolor (ámbito doméstico, reproducción) y sufrir el dominio de los hombres. Quedan así legitimados la división sexual del trabajo y el orden patriarcal.

Junto a la división sexual del trabajo, que se traduce en asimetría económica, existen unas asimetrías política - gobierno de los adultos ancianos- y simbólica. Al respecto, un argumento cultural frecuente para “inferiorizar” a las mujeres es presentarlas como naturalmente “malévolas”, “impuras” o “contaminantes”. Así las conciben las tres grandes religiones monoteístas procedentes de estas tribus pastoriles. Los Padres de la Iglesia Cristiana que se suceden mantuvieron esta visión de la mujer durante siglos.

Por otro lado, la filosofía ateniense y el modelo de la polis griega han sido invocados por los gestores de la identidad paneuropea. Uno de sus máximos representantes, Aristóteles, en La Política, utilizó el modelo animal para legitimar no sólo la diferencia sino la superioridad, la jerarquía. Aristóteles vendría a concluir unos seres habrían sido destinados a dominar por su superioridad “natural”: los humanos a los animales, los ciudadanos a los esclavos y los hombres a las mujeres. Así, éstas quedan excluidas de la polis. El “zoo politikon” es el hombre.

2. El modelo biomédico: Sexo, ontología y “mujer enferma”.

La Revolución Francesa y la estadounidense, que anticipan un nuevo orden social, propugnan los valores de igualdad entre los seres humanos: los ciudadanos. Sin embargo, la “ciudadanía” con derecho al Sufragio Universal tenía nación, clase y sexo: ciudadanos eran los nacidos en un territorio, varones casados y propietarios. La dominación masculina reciclaba así sus estructuras

políticas. En E.E.U.U., los abolicionistas norteamericanos pedían el voto para los negros, pero nada decían de las mujeres.

La Nueva Ciencia también traicionó a las mujeres. La inferiorización de las mujeres ya no puede ser sostenida de forma hegemónica por argumentos religiosos ni filosóficos. El episteme no permitía argumentar con conceptos como "impureza" y "maldad". ¿Cómo legitimar ahora la opresión, cómo justificar que las mujeres no puedan acceder a la educación superior y la política institucional? La inferioridad de las mujeres la explicará la Ciencia a partir de dos elementos principales:

- a) Hay que demostrar que los hombres y las mujeres son "esencialmente" diferentes;
- b) Hay que demostrar que el cuerpo y la mente de las últimas es "naturalmente" inferior. Ambas cuestiones se ilustran en el axioma de Freud y del modelo biomédico: *Anatomy is destiny*.

La hipótesis freudiana abundará en el proceso de socialización y en la estructura psíquica diferente de hombres y mujeres al superar el complejo de Edipo los primeros y el complejo de Electra las segundas. Sin embargo, no debemos perder de vista, que los varones serán explicados por lo que tienen (el pene) y el miedo a perderlo (miedo a la castración) y las mujeres por aquello de lo que carecen (el pene) y su deseo de tenerlo (envidia del pene) modelo de mujer es un modelo basado en la carencia.

Para el modelo biomédico, el par de cromosomas más político -XY ó XX- y las hormonas "sexuales" determinan lo que "el hombre es" y "la mujer es". El sexo es ontológico: "ser hombre" o "ser mujer" explicará buena parte de la ruta biográfica de una persona. Este modelo científico hegemónico nos construye como "esencialmente diferentes". En palabras de Laquer (1994:43): "La ciencia no se limita a investigar sino que ella misma genera la diferencia (...): la de la mujer en relación con el hombre". Pero no basta con eso. Los discursos clínicos decimonónicos se impregnan de jerarquía al proyectar un modelo de mujer en estado de "crónica enfermedad" que la infantiliza, la explica como débil, la destina a la reproducción. Esto renueva la legitimidad de su dependencia económica, política y simbólica del varón. Hablamos aún de una época histórica en la que las mujeres no tenían derecho a votar, gestionar bienes personales, acceder a la Universidad o disfrutar con su sexualidad.

3. La ciencia no es neutra: ¿babuinos, chimpancés o bonobos?

La Etología y la Sociobiología han intentado renovar la explicación de la opresión de las mujeres utilizando el modelo animal. La fuerza y agresividad del macho, la cooperación de los machos para la caza o el control de la reproducción de las hembras se esgrimen como causas. Pero, ¿qué modelo animal utilizar para demostrar esto?

Los babuinos son primates superiores con un notable dimorfismo sexual a favor del macho. La sociedad babuina se conforma alrededor de grupos de machos adultos que mantienen la jerarquía sobre otros machos jóvenes, las hembras y sus crías. Las investigaciones de Washburn y DeVore (1961) sobre estos animales concluían que la cooperación entre los machos y la estrategia de la caza fueron los elementos fundamentales de la hominización.

Pero hay otros primates de los que obtener conclusiones...Jane Goodall (1986) estudió a los chimpancés y observó que las hembras eran bastante independientes, el lazo madre-cría era el más fuerte y una hembra en estro podía copular con varios machos. Por otro lado, entre los bonobos (de Waal, 1995), las relaciones entre machos y hembras son bastante igualitarias, las conductas sexuales trascienden la mera reproducción para resolver problemas políticos y, por último, las relaciones sexuales se pueden observar entre individuos de distintas generaciones y del mismo sexo.

Una reflexión. Vemos cómo según el modelo animal seleccionado obtendremos unos u otros resultados. Para evolucionistas y neo-evolucionistas, el control de la sexualidad de las mujeres y la actividad de la caza, son priorizados para explicar el "progreso" evolutivo y el dominio. Por cierto, relacionan ambos aspectos (dominio masculino = progreso evolutivo). Sin embargo, sabemos que los productos obtenidos mediante la recolección suponen para distintas poblaciones un mayor número de calorías que las provenientes de la caza; además, ¿la recolección no necesita una transmisión y aprendizaje de conocimientos complejos para distinguir especies comestibles de venenosas, las funciones de cada especie, las épocas y zonas de madurez de cada una?, ¿no necesita cooperación entre las mujeres?, ¿no son importantes los inventos del cesto y los métodos para transportar a las crías?

III. Grandes teorías y respuestas insatisfactorias

¿Qué han dicho teorías omniexplicativas como el materialismo histórico, el funcionalismo y el estructuralismo sobre la opresión de las mujeres?. En los tres casos la respuesta sobre la opresión o no existe o es insatisfactoria:

En *El Capital* (1867) Marx plantea que existiría una primigenia división sexual del trabajo en función de la capacidad reproductiva de la mujer. Las funciones que desempeñan las mujeres son “naturales” y, por lo tanto, no son objeto del análisis social. Engels, en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1988, [1884]), aporta una causa económica: la opresión de las mujeres estaría vinculada a la acumulación de capital y la aparición del Estado. Pero para él, la lucha de los sexos era una lucha secundaria supeditada a la lucha de clases: al eliminar las clases sociales finalizaría la opresión de las mujeres.

El materialismo histórico no era útil para analizar el problema de estudio porque:

1. La realidad social muestra que las mujeres han sido explotadas en sociedades sin organización política estatal.

2. En cuanto al concepto de clase social, ¿qué clase social es la de una ama de casa: la de su padre, su marido, su hijo?.

El funcionalismo, teoría hegemónica durante buena parte del siglo XX, no estaba interesado en el cambio social sino en las Instituciones y todo aquello que sirviera al orden social. Así, el funcionalismo planteará que un cambio en el rol de las mujeres podría suponer un conflicto, una alteración (1975, [1963]). La opresión de las mujeres es una cuestión que obvia.

El estructuralismo de Lévi-Strauss (1949) explicaba la subordinación de las mujeres mediante dos ideas principales:

el tabú de incesto y el intercambio de mujeres. El tabú de incesto, como regla universal en los límites entre la Naturaleza y la Cultura, provocaba la exogamia. Mediante el matrimonio, y el intercambio de mujeres que éste suponía, los grupos de hombres establecían alianzas. Sin embargo, la asimetría y subordinación de la mujer al varón aparece en esta Teoría como una pre-condición para su explicación de la sociedad. Es decir, Lévi-Strauss presupone cuestiones que su misma teoría no explica, v. gr., ¿Por qué los varones tienden a la poliginia, y no las mujeres a la androginia?, ¿por qué las mujeres aceptan ser objeto de intercambio?, ¿cómo las mujeres se convirtieron en objeto?. Lévi-Strauss naturaliza la subordinación de las mujeres, pero no la explica.

IV. Feminismo: Teoría y Política

En el siglo XIX el movimiento feminista, bajo la conciencia de ser mujer y la petición del voto –ser ciudadanas-, reivindica un nuevo lugar en el mundo para la “minoría del cincuenta por ciento”. Empero, el movimiento sufragista no agota el proyecto feminista. El feminismo, que también es un movimiento teórico, fue el primero que planteó que “ser mujer” y “ser hombre” eran cuestiones que había que explicar.

1. Margaret Mead y Simone de Beauvoir

En los años veinte, la antropóloga Margaret Mead y en los años cuarenta la filósofa Simone de Beauvoir publican textos muy influyentes para combatir el esencialismo de la Academia. En su obra *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas* (1935), al estudiar los rasgos asociados a hombres y mujeres en tres sociedades de Papúa- Nueva Guinea (arapesh, mundugumur y tchambuli), utilizando el método científico, demuestra que no existen rasgos inherentes a los sexos: lo masculino y lo femenino –el género- es una construcción cultural.

“No se nace mujer, se llega a serlo” (Beauvoir 1998 [1949], vol.2:13), es la frase más citada de *El segundo sexo*.

Utilizando datos de la Historia, la Psicología, la Biología y la Antropología, Simone de Beauvoir (1908-1986), y con ella el feminismo, propone explicaciones científicas sobre la opresión de las mujeres (Valcárcel, 2001). Para la filósofa existencialista la causa de la opresión de las mujeres quizás se remonte a la Edad de Bronce, cuando las mujeres fueron excluidas de las expediciones guerreras. “La superioridad no la tiene el sexo que engendra sino el que mata” (Beauvoir, [1949], 1998, Vol. 1:128). En realidad, la causa de la opresión de las mujeres no reside en que son inferiores sino en “[...] la interpretación cultural de la reproducción como un hecho que no procura la trascendencia” (Sánchez Muñoz, 2001:69).

2. Mística, feminidad y “el problema sin nombre” (Betty Friedan)

Parecía demostrado, desde la Antropología y la Filosofía, que no habría diferencias insalvables entre hombres y mujeres salvo aquellas, pocas, que derivaran del hecho reproductor. Esto significaba aceptar la posibilidad de las mujeres de integrarse en todos los ámbitos sociales. Sin embargo, entre los años 40 y 60, muchas mujeres en E.E.U.U. abandonan las Universidades y los trabajos asalariados.

Durante la IIª Guerra Mundial, las mujeres fueron convocadas por radios y periódicos para sustituir a los hombres en oficinas, fábricas, granjas, escuelas, etc., y demostraron que podían desempeñar cualquier trabajo. En la postguerra, con crisis económica y desempleo, se les pide a las mujeres que vuelvan al hogar, "Tu lugar natural". El modelo de "ama de casa", consumidora de electrodomésticos salidos de las fábricas "fordistas", es la aspiración de muchas estadounidenses.

En este contexto, la psicóloga Betty Friedan escribe *La mística de la feminidad*, donde intenta descubrir las causas de ese "problema que no tiene nombre": "El problema permaneció latente durante muchos años en la mente de las mujeres norteamericanas. Era una inquietud extraña, una sensación de disgusto, una ansiedad que ya se sentía en los Estados Unidos a mediados del siglo actual. Todas las esposas luchaban contra ella [...] se hacían con temor esta pregunta: ¿Es esto todo?" (Friedan, 1974,[1963]).

En otros países europeos democráticos, cada vez más mujeres accedían a la educación superior y se integraban en el mundo laboral retribuido. Pero en U.S.A., entre los años 40 y 60: La mitad de las mujeres están casadas antes de los veinte años, la natalidad se incrementa, y el modelo de mujer soltera, con educación superior y económicamente independiente es denostado por la publicidad. La investigación de Friedan descubre cómo las empresas de publicidad lanzan continuamente en todos los medios de comunicación una imagen de mujer-esposa-madre, "reina" del hogar.

Las mujeres habían caído en la "tela de araña" de esa mística de la feminidad.

¿Qué solución propondrá Friedan?. Siguiendo la línea de las mujeres ilustradas del siglo anterior, Friedan entiende que el acceso a la educación y al mundo laboral retribuido, no incompatible con su trabajo doméstico, traerá la igualdad. Friedan creyó que bastaba modificar el espacio público para acabar con "el problema", que lo político era lo público y no lo privado. Las mujeres obtuvieron un nuevo trabajo –público- y conservaron el anterior–doméstico-. Nació la "superwoman" con doble jornada laboral.

3. Las dicotomías de la Antropología y la politización de lo privado

A partir de los años sesenta y setenta los enfoques feministas se renuevan. La Antropología aporta tres modelos dicotómicos para explicar la opresión de las mujeres: Doméstico/Público (Rosaldo, 1979 [1974]), Naturaleza/Cultura (Ortner, 1979 [1974]) y Producción/Reproducción (Sacks, 1979 [1975]). Para Rosaldo, el hecho reproductor de las mujeres hace que estén vinculadas al ámbito doméstico mientras que los varones se asocian al ámbito público;

para Ortner, las mujeres son pensadas como más cercanas a la Naturaleza, es decir, inferiores a los hombres que son pensados más cercanos a la Cultura; para Sacks, la subordinación de las mujeres es consecuencia de su exclusión del trabajo público y social. Sin embargo, diferentes etnografías mostraban que estos modelos no eran universales, no podían explicar todas las situaciones de opresión.

Por esta misma época, los estudios feministas y gays/lésbicos comienzan a politizar lo privado. La sexualidad también hay que explicarla. Aparecen brillantes trabajos de Millet (1995 [1969]), Oakley (1972), Firestone (1976, [1973]), Rubin (1986 [1975]) Foucault (1998, [1976]), Delphy (1987), Weeks (1993, [1985]), entre otras obras. Comentaré algunas de ellas de forma breve. Para Millet (1995) el patriarcado no tendría raíces biológicas. En este sentido, la dominación masculina sería "aprendida" mediante la educación y los estereotipos y roles que valoran como positivo todo lo relacionado con los varones y la masculinidad. La categoría sexual, por otro lado, sería "interclasista", atravesaría la división de clases sociales. El patriarcado se sostendría en el ejercicio de la fuerza sobre las mujeres –v. gr. la violencia sexual-, la dependencia económica de las mujeres que refuerza su sumisión y opresión (Millet, 1995:94), la religión, la literatura, etc..

Para Firestone (1976) la opresión de las mujeres derivaría de su función reproductora y de la estructura de la familia patriarcal. Si para el marxismo el concepto "producción" era clave, para Firestone lo será el concepto "reproducción".

Para ella, en la interpretación de la Historia no se podía obviar el sexo (1976:15). Firestone desarrollará la idea de la mujer como clase sexual y dirá que en la reproducción hay relaciones de poder y económicas. Christine Delphy (1987) habla de un "Modo de Producción Doméstico" en el

que las mujeres realizan un trabajo no reconocido como tal y no remunerado. Y además, este trabajo doméstico y no remunerado de las mujeres constituye la base económica y material del patriarcado. Estamos viendo “explicaciones duales” que conjugan Patriarcado y Capitalismo.

V. De mujer a mujeres. Diversidad de experiencias y matriz identitaria

El movimiento feminista desnaturalizó el género y el movimiento gay/lesbiano desnaturalizó la sexualidad. El sexo se tambaleaba. Sin embargo, seguía siendo difícil explicar la situación de las mujeres, en plural. La categoría “mujer” catalizó el movimiento para reivindicar los derechos políticos de las mujeres pero fue esencializada. Se pensó que existía la mujer, pero la realidad social nos mostraba la experiencia de las mujeres. La mujer no es sólo mujer.

Como sujetos sociales, las mujeres están atravesadas por otras identidades –raza social, etnia, clase o sexualidad que modifican la experiencia de “ser mujer”. Así, la identidad de sexo-género no agota el proyecto identitario de todas y cada una de las mujeres. Los problemas de las mujeres negras nigerianas de distintas etnias, de origen rural que emigraban a suburbios y que amaban a otras mujeres no tenían nada que ver con los problemas de las sufragistas inglesas.

Las teorías pretendían explicar la explotación/opresión de todas las mujeres. Pero las formas de explotación/opresión responden a una cultura y un tiempo histórico: la opresión que sufren las mujeres yanomami, o las indias parias barrenderas en Bombay o las emigrantes ecuatorianas empleadas domésticas en España, son diferentes. Por ello, al estudiar la opresión de las mujeres, en un tiempo y un espacio cultural, debemos incluir identidades estructurales como la identidad de sexo-género, la identidad socio-profesional y la identidad étnico-nacional .

Pongamos un ejemplo práctico. Las inmigrantes que viven en España, procedentes del Magreb, República Dominicana, Perú, Ecuador, o Filipinas podrían enseñarnos mucho sobre lo que significa ser “otra mujer”, en este caso con una etnicidad “poco valorada” en España. Las mujeres inmigrantes se insertan en condiciones de precariedad básicamente en dos sectores: el servicio doméstico y la prostitución.

En un informe publicado por el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales titulado “Mujer, inmigración y trabajo”, se denuncia que las inmigrantes procedentes de países empobrecidos están sometidas a “situaciones propias de regímenes de servidumbre, que a veces rayan la esclavitud” . Algunos de los resultados de este Informe sobre las inmigrantes son estremecedores:

- El 81 % trabajan sin papeles.
- Cobran de media 3.38 euros frente a los 6 euros/hora de una española. Es decir, necesitan trabajar casi un 50 % más que las españolas para ganar lo mismo.
- Jornadas laborales medias más largas que las españolas, sobre todo las internas.
- Con mayor frecuencia sufren insultos, desprecios, maltratos y abusos sexuales.
- 150.000 son prostitutas. En los clubes de carretera representan el 90 %.

¿Basta la identidad de sexo-género para explicar la opresión de las mujeres inmigrantes en el servicio doméstico?

No, hay que estudiar cómo funcionan la identidad étnico-nacional y socio-profesional. En el modelo económico actual, el mercado aprovecha las segmentaciones de la población para obtener mayores plusvalías. Las mujeres inmigrantes, sobre todo las “sin papeles”, engrosan las filas de los en precario. Las mujeres españolas se integran en el mercado laboral en condiciones peores que los varones. No son sustituidas por hombres: son sustituidas fundamentalmente por “otras mujeres” – otra clase, otra etnia, otra nacionalidad- que cobran aún menos que las españolas por el mismo trabajo.

VI. Un ejemplo etnográfico. Intraútero: géneros proyectados y sexos pre-vistos

Los Manuales de Embriología y Obstetricia suelen referirse al feto como producto biológico. Indudablemente el sustrato corporal es un material biológico. Sin embargo, la formación fetal se ve afectada en cantidad y cualidad por diversos elementos extra-fetales que, junto a sus propias posibilidades genéticas, condicionarán sus características en el nacimiento .

No sólo la formación física (material) del feto responde a las coordenadas históricas y culturales, sino también la forma de pensarlo. Esta forma de pensar el feto en cada cultura proyecta significados que nos hablan de la lógica cultural y las bases que sustentan el sistema social. Voy a poner un ejemplo en dos sociedades muy cercanas y que mantienen relaciones comerciales:

1. Entre los dobu (patrilineales), se cree que el semen es leche de coco expulsada que “[...] al penetrar en el vientre de la mujer provoca la coagulación de la sangre y da forma al feto...” (Hoebel,

1985:341). Piensan en el cuerpo de la mujer como un “receptáculo”, igual que lo hacían Aristóteles y las teorías monoseminales que sustraían a la mujer su capacidad generativa.

2. Entre los trobriandeses (matrilineales) el padre no desempeña ningún papel en la fecundación. “[...] el espíritu de un antepasado del clan penetra en el vientre de la mujer cuando ésta se está bañando en la laguna” (Hoebel, 1985:341).

En el año 2000 recibí el encargo de redactar dos capítulos para la Enciclopedia de Andalucía, uno de ellos sobre las costumbres relativas al embarazo, parto y puerperio en Andalucía. Al iniciar el trabajo de campo me sorprendió la gran cantidad de técnicas adivinatorias del sexo del feto. Va de suyo que el conocimiento del sexo de la futura persona es extremadamente importante y “políticamente significativo”.

Entonces clasifiqué estos signos y señales para distinguir el sexo fetal en fases del ciclo lunar, adivinaciones por azar, características maternas y características fetales. Algunas características fetales para pre-ver el sexo fetal eran el tiempo de gestación cuando se inicia la percepción de los movimientos fetales (M.F.) y su número, y la frecuencia cardíaca fetal (F.C.F.). En todos y cada uno de estos casos ya está prevista una diferencia y una jerarquización sexual.

Esto ilustra cómo nuestra cultura piensa la superioridad del macho y cómo se “naturaliza” la diferencia entre los sexos desde la vida intrauterina.

En relación con la percepción de los movimientos fetales, que nuestra tradición establecía entre el tercer y cuarto mes de gestación, se creía adivinar el sexo fetal. La literatura médica establecía que las partes espermáticas, las primeras en el desarrollo embrionario, completaban su formación en treinta días en los machos y en cuarenta días en las hembras. Las partes carnosas del feto, pensadas como procedentes de la sangre menstrual, se perfeccionaban en el varón al tercer mes y en la mujer al cuarto mes. Cuando el feto alcanzaba la perfección, comenzaba a moverse.

“De la teoría expuesta se derivaba que los fetos masculinos iniciaban su movilidad de forma más precoz que los femeninos” (Tena, 2002). Y esto es coherente con nuestro mito de origen que asigna un tiempo generativo anterior a Adán.

También la cuantificación de los movimientos habla del sexo fetal: Si un feto se movía mucho es porque era varón, algo que aún se escucha en las consultas de embarazo. Si reflexionamos sobre cómo educamos de forma diferencial a los niños y las niñas, cómo se ejercitan de modo diferente sus cuerpos mediante los juegos asignados según los sexos, y cómo esto se traduce en la edad adulta en un diferencial en el dominio del espacio y el movimiento, entenderemos cómo proyectamos sobre los fetos características que nada tienen que ver ni con hormonas ni con genes. Estamos mostrando cómo la teoría “científica” y la tradición popular legitimaban y legitiman la superioridad masculina. “Lo que subyace bajo la teoría y las creencias es la mayor perfección del varón sobre la mujer. Supone una proyección al sistema explicativo sobre el sexo del recién nacido de la división de sexo-género de la sociedad y de las supuestas características “naturales” correspondientes a cada género. A saber, la “naturalización” de cualidades atribuidas al varón como la mayor agilidad, movilidad o mayor dominio del espacio y la no menos “naturalizada” pasividad de la mujer” (Tena, 2002:). Parece anacrónico, pero aún se escucha en las consultas de embarazo.

VII. A modo de conclusión

A través de las instituciones más importantes de nuestra cultura –la familia, la escuela, la iglesia, el estado, el derecho, la ciencia, entre otras- los individuos, hombres y mujeres, hemos sido enculturados dentro de los esquemas de nuestro sistema de sexo-género. Estas prácticas de enculturación, ocultas bajo diversos velos, dificultan la percepción del incansable trabajo cultural realizado, aún desde la vida fetal, para construir a hombres y mujeres como cuerpos, sexos, géneros y sexualidades diferentes pero complementarias. La construcción descansa en la añeja y perversa idea de “la verdad de la naturaleza humana”.

La relación entre sexo y género es homológica (Mathieu, 1989) y nuestros genitales externos son genitales culturales. Quiere esto decir que por nacer macho o hembra tendremos pre-vistos culturalmente distintas posiciones, derechos, obligaciones, símbolos, sexualidades...: un neonato con pene, un macho, tiene reservado culturalmente una ventajosa posición en la estructura social, las esferas económica y política, y el universo simbólico. Por el contrario, nacer sin pene –dato políticamente más significativo que nacer con vagina- se traduce en inferiores posiciones en la estructura social, en las esferas económica y política, y en el universo simbólico.

Y todo ello nos es informado como “natural”. Sin embargo, resulta prometedor desde el punto de vista intelectual descubrir cómo todas las instituciones culturales apoyan desde muy temprana edad,

incluso desde la vida fetal, un delicado proyecto: que los hombres y las mujeres seamos “diferentes”. ¿Por qué tanto esfuerzo si el destino de nuestra diferencia es lo natural?. ¿Por qué utilizar distintos adornos y vestidos, maquillajes y peinados, dietas y cirugías, juegos y profesiones?. ¿Por qué ese interés en mostrar de forma “artificial” que los cuerpos son tan diferentes?. ¿Por qué ese continuo bombardeo de libros que “explican” las diferencias entre hombres y mujeres con títulos tan impactantes como: “Por qué los hombres no escuchan y las mujeres no entienden los mapas”, “Las 50 diferencias entre los hombres y las mujeres”.

Nuestro sistema es un sistema basado en la diferencia jerárquica: Es un modelo donde se piensa la superioridad del hombre sobre la mujer (machismo), del blanco sobre el negro (racismo), del nacional sobre el extranjero (xenofobia), del heterosexual sobre el homosexual (homofobia). Nuestro sistema fabrica y necesita las diferencias.

El poder circula en esas diferencias. No puedo aportar una respuesta definitiva a cuál o cuáles son las causas de la opresión de las mujeres, pero a lo largo de esta Ponencia hemos planteado algunas pistas sobre los mecanismos de explotación de las mujeres: económicos, políticos, sociológicos, sexuales, ideológicos y simbólicos. En general, la pobreza y el analfabetismo afectan más a las mujeres; éstas presentan mayores tasas de desempleo y menores sueldos; sufren con mayor dureza los efectos de las catástrofes naturales; sus cuerpos son objeto de mutilaciones, acosos, maltratos, violaciones y celebraciones de victorias bélicas; en numerosas culturas se las piensa como “inferiores”, “impuras”, “malas”; se prohíbe que gestionen sus bienes y sus cuerpos, que accedan a la educación, al espacio público y al trabajo remunerado en igualdad de condiciones. En España, la proporción entre mujeres y hombres con depresión es 2:1, y las consecuencias más graves de la depresión, el intento de suicidio, afecta en mayor número a las mujeres. Son sólo unos pocos datos que muestran cómo esa opresión se traduce en la realidad social. El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, ya en 1993, denunciaba: “Ningún país trata a las mujeres tan bien como trata a los varones, lo que es un resultado decepcionante después de tantos años de discusiones sobre la igualdad entre hombres y mujeres, de tantas luchas femeninas y de tantos cambios en las legislaciones nacionales”.

Como matronas, que trabajamos con mujeres y familias, debemos comenzar por auto-criticarnos por nuestro marcado biologicismo. Las mujeres no son sólo categorías biológicas: Son un producto histórico y cultural. Para analizar y entender los mecanismos de su opresión y explotación debemos formarnos en teoría feminista. Por otro lado, debemos desmitificar la “maternidad” y no incurrir en lo que Silvia Tubert (1991:167) señala cuando dice que la cultura patriarcal “[...] fija a la mujer en su papel reproductor y le niega toda otra posibilidad de representación”.

Las mujeres son más que madres reales o potenciales.

Quisiera terminar con unas palabras esperanzadoras de la antropóloga sueca Britt-Marie Thurén (1992:52): “[...]”

Es importante recordar que siempre existe la posibilidad de que lo que no ha existido nunca pueda empezar a existir. Esto ha pasado con muchos fenómenos en la historia de la humanidad [...] Por lo tanto, se equivocan tanto las feministas que buscan con desesperación algún matriarcado que haya existido realmente para poder mantener las esperanzas, como los anti-feministas, que se complacen con la aparente inevitabilidad de la dominación del hombre”.

Bibliografía

Beauvoir, Simone (de):

(2000) [1949]: El segundo sexo. Vol. I: Los hechos y los mitos (5ª edición), Cátedra, Madrid.

(2001) [1949]: El segundo sexo. Vol. I: La experiencia vivida (5ª edición), Cátedra, Madrid.

Beltrán, Elena; Maquieira, Virginia (Eds.); Álvarez, Silvina; Sánchez, Cristina (2001): Feminismos. Debates teóricos contemporáneos, Alianza Editorial, Madrid.

Delphy, Christine (1987): “Modo de producción doméstico y feminismo materialista”, en C. Amorós, L. Benería, C. Delphy, H. Rose y V. Stolcke (eds.),

Mujeres: Ciencia y práctica política, Debate, Madrid.

Ehrenreich, B.; English, D. (1984): Brujas, comadronas y enfermeras, La sal, Barcelona.

Engels, Federico (1988) [1884]: El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado, Endymión, Madrid.

Evans-Pritchard, Edward E (1975) [1963]: “La posición de la mujer en las sociedades primitivas y en la nuestra”, en La mujer en las sociedades primitivas y otros ensayos, Editorial Península, Barcelona.

Fausto-Sterling, Anne (1998) [1993]: “Los cinco sexos”, en José Antonio Nieto (comp.) Transexualidad, Transgenerismo y cultura. Antropología, identidad y género, Talasa Ediciones, Madrid.

Firestone, Shulamith (1976) [1973]: La dialéctica del sexo. En defensa de la revolución feminista, Kairós, Barcelona.

Foucault, Michel (1998) [1976]: Historia de la sexualidad. Vol I: La voluntad de saber, Siglo XXI, Madrid (9ª Edición España).

Friedan, Betty (1974) [1963]: La mística de la feminidad, Júcar, Madrid.

Garfinkel, Harold (1984) [1967]: "Passing and the managed achievement of sex status in an intersexed person", en *Studies in Ethnomethodology*, Polity Press, Cambridge.

Golberg, Steven (1976): *La inevitabilidad del patriarcado*, Alianza Editorial, Madrid.

Goodall, Jane (1986): *The chimpanzees of Gombe*, Houghton Mifflin Publishing, Boston.

Harris, Marvin (1995 [1974]): *Vacas. Cerdos, Guerras y Brujas. Los enigmas de la cultura*, Alianza Editorial, Madrid.

Hoebel, E.A.; Weaver, T. (1985): *Antropología y experiencia humana*, Omega, Barcelona.

Laqueur, Thomas (1994) [1990]: *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, Cátedra, Madrid.

Lévi-Strauss, Claude (1981) [1949]: *Las estructuras elementales del parentesco*, Editorial Paidós, Barcelona

Martin, M.K.; Voorhies, B. (1978) [1975]: *Female of the Species*, Columbia University Press, New York.

Mead, Margaret:
 (1975) [1928] *Adolescencia y cultura en Samoa* (2ª reimpresión), Laia, Barcelona.
 (1982) [1935] *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas*, Paidós, Barcelona.
 (1955) [1949] *Male and Female. A Study of the Sexes in a Changing World*, The New American Library, New York.

Méndez Pérez, Lourdes: (1991): "Reflexión sobre la poco común producción de las pequeñas mujeres", en J. Prat, U. Martínez, J. Contreras e I. Moreno (Eds.), *Antropología de los pueblos de España*, Taurus, Madrid.

Millet, K. (1995) [1969]: *Política sexual*, Cátedra, Madrid.

Mozo González, Carmen (1999): *Género y nuevas profesiones. El sector seguros en Sevilla*, Ayuntamiento de Sevilla.

Oakley, Ann (1977) [1972]: *La mujer discriminada: biología y sociedad*, Debate, Madrid.

Rodríguez Bustos, Casilda; Cachafeiro, Ana (1995): *La represión del deseo materno y la génesis del estado de sumisión inconsciente*, Nossa y Jara Editores.

Sánchez Muñoz, Cristina (2001): "Genealogía de la vindicación", en E. Beltrán, V. Maquieira (eds.) et als., *Feminismos. Debates teóricos contemporáneos*, Alianza Editorial, Madrid.

Millet, Kate (1995) [1969]: *Política sexual*, Cátedra, Barcelona.

Ortner, Sherry (1979) [1974]: "¿Es la mujer con respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura", en Olivia Harris y Kate Young, *Antropología y Feminismo*, Anagrama, Barcelona.

Rosaldo, Michelle Z. (1979) [1974]: "Mujer, cultura y sociedad: una visión teórica", en Olivia Harris y Kate Young, *Antropología y Feminismo*, Anagrama, Barcelona.

Rubin, Gayle (1992) [1975]: "El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo". *Nueva Antropología*, Vol. VIII, nº 30.

Sacks, Karen (1979) [1975]: "Engels revisitado: las mujeres, la organización de la producción y la propiedad privada", en Olivia Harris y Kate Young, *Antropología y Feminismo*, Anagrama, Barcelona.

Tena Díaz, Fernando (2002) "Nacimiento, Bautismo y Primera Comunión". *Proyecto Andalucía (Serie Antropología)*. Tomo IV. Capítulo 4. Editorial Hércules de Ediciones, A Coruña.

(2003) "Mujer, mujeres y otras mujeres. Reflexiones sobre el transexualismo". *Actas del IV Seminario Internacional de Estudios de las Mujeres*, Sevilla.

Thurén, Britt-Marie (1992): "Del sexo al género. Un desarrollo teórico 1979-1990", *Antropología*, 2:31-55.

Tubert, Silvia (1991): *Mujeres sin sombra. Maternidad y tecnología*, Siglo XXI, Madrid.

Valcárcel, Amelia (2001): "Beauvoir: A cincuenta años del segundo sexo", en A. Valcárcel y R. Romero (eds.), *Pensadoras del Siglo XX*, Colección Hypathia, 2, Sevilla, Instituto Andaluz de la Mujer.

Waal, Frans B. M. (de) (1995): "Bonobo Sex and Society. The behavior of a close relative challenges assumptions about male supremacy in human evolution", *Scientific American*, Marzo, págs. 82-88.

Washburn, Sherwood; DeVore, Irven (1961): "Social behavior of baboons and early man", en S. Washburn, *The social life of early man*, Gren Foundation of Anthropological Research Chicago, Nueva York.

Weeks, Jeffrey. (1993) [1985]: *El malestar de la sexualidad. Significados, mitos y sexualidades modernas*, Talasa, Madrid.